

Lo religioso en *El Quijote*: Notas marginales

D. Quixote and the catholic religion: some observations

Santiago Madrigal Terrazas

Académico de Número de la Real Academia de Doctores de España. Universidad Pontificia Comillas-Madrid. smadrigal@comillas.edu

An. Real. Acad. Doct. Vol 3, (2016) pp. .

RESUMEN	ABSTRACT
El objetivo de este trabajo es explorar las posibilidades de una lectura teológica de la obra de Cervantes, el Ingenioso Hidalgo don Quijote. Para ello, siguiendo el estudio de S. Muñoz Iglesias, "Lo religioso en <i>El Quijote</i> " (1989), sobre la actitud religiosa de Cervantes, el autor presenta la religión de don Quijote y la fe de Alonso Quijano.	The aim of this article is to explore the possibilities of a theological reading of <i>Don Quixote</i> , the immortal work of Miguel de Cervantes. For that, following the study of S. Muñoz Iglesias, "Lo religioso en <i>El Quijote</i> " (1989), about the religious attitude of Cervantes, the author reflects on the Don Quixote's religion and the faith of Alonso Quijano.
Palabras clave: Cervantes, don Quijote, concilio de Trento, libros de caballerías, catolicismo.	Keywords: Cervantes, don Quixote, council of Trient, romances of Chivalry, catholicism.

1. INTRODUCCIÓN

Estas reflexiones toman prestado su título principal del libro homónimo «Lo religioso en *El Quijote*» del Dr. Salvador Muñoz Iglesias, miembro que fuera de esta corporación. Su caracterización como *notas marginales* declara su inicial dependencia de aquel estudio monográfico del año 1989, que marca un hito en el estudio de la actitud religiosa de Cervantes. Por otro lado retomo algunos apuntes de mi discurso de ingreso en la Real Academia de Doctores de España, *Tradición jesuítica en materia eclesiológica* (2010), donde utilicé *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* para reconstruir el escenario histórico y la cultura religiosa que vio nacer a la Compañía de Jesús, recreando aquel momento crítico de la historia de Europa con la Reforma impulsada por Lutero y el concilio de Trento al fondo, al hilo del proverbio «con la Iglesia hemos dado, Sancho»¹.

2. EL ENIGMA DE CERVANTES: "NUNCA LA LANZA EMBOTÓ LA PLUMA, NI LA PLUMA LA LANZA"

A los cuatrocientos años de su muerte, Miguel de Cervantes Saavedra (1547-1616) sigue siendo un enigma. Unamuno, amigo de esquinadas paradojas, sostenía que el personaje (don Quijote) era superior a su creador (Cervantes), una hipótesis que se ajusta mal al sentido común. En cualquier caso, los eruditos constatan la distancia inmensa entre la obra literaria y lo que conocemos de la biografía del autor: «¿cómo pudo aquel soldado de Lepanto y recaudador de impuestos escribir *El Quijote*?»².

Nada está de sobra ni dicho al azar en este libro. Y viene bien al caso esta afirmación hecha como de pasada y puesta en boca del hidalgo manchego, que defiende tanto la antigua condición militar de Cervantes como sus dotes de literato: «Nunca la lanza embotó la pluma, ni la pluma la lanza»³. Trasladamos ese enigma inicial e interrogante básico, «¿era muy culto Cervantes?», al terreno concreto de la cuestión religiosa que en aquellas calendas se planteaba en una España marcada por la secular convivencia, más o menos pacífica, de judíos, moros y cristianos, en medio de la sacudida que estaban planteando las corrientes del erasmismo y el luteranismo, entreveradas a veces con el fenómeno hispano de los alumbrados, sin olvidar la floreciente mística en aquella centuria⁴.

¹ *Don Quijote de la Mancha*, Lib. II, cap. IX, 759. Todas las citas según la edición del Instituto Cervantes dirigida por Francisco Rico (Barcelona 2005).

² Cf. A. AMORÓS, *Cervantes: el enigma* (La tercera de ABC, 5 de marzo de 2016).

³ *Don Quijote de la Mancha*, Lib. I, cap. XVIII, 215.

⁴ R. FINE-S. LÓPEZ NAVIA, *Cervantes y las religiones* (Madrid 2008). Este libro, que recoge las actas del coloquio internacional de cervantistas celebrado en la Universidad Hebrea de Jerusalén, entre el 19-21 de diciembre de 2005, ofrece una perspectiva actualizada de la actitud religiosa de Cervantes.

La tesis defendida por S. Muñoz se sustancia en esta afirmación: Cervantes, «desde su profesión de escritor profano», se siente «un laico comprometido» que ha puesto su pluma al servicio del «quehacer evangelizador de la Iglesia católica postridentina»⁵. En esta tarea, más allá de la fina ironía utilizada por el padre y padrastro del *Quijote*, entra en acción este lema sabroso: «La pluma es lengua del alma: cuales fueran los conceptos que en ella se engendraren, tales serán sus escritos»⁶.

Recordemos algunos textos que sustentan la tesis de S. Muñoz y ponen en conexión el tema de la novela, —las aventuras del caballero andante don Quijote—, con el arte de la predicación, al tiempo que exhalan un sentido de profunda religiosidad. Comencemos por el diálogo de amo y escudero sobre la providencia divina después de la desgraciada aventura de los rebaños que les había vaciado las alforjas dejándoles muertos de hambre:

- «Mas, con todo esto, sube en tu jumento, Sancho el bueno, y vente tras mí, que Dios, que es proveedor de todas las cosas, no nos ha de faltar, y más andando tan en su servicio como andamos, pues no falta a los mosquitos del aire ni a los gusanillos de la tierra ni a los renacuajos del agua, y es tan piadoso, que hace salir su sol sobre los buenos y los malos, y llueve sobre los injustos y los justos.
- Más bueno era vuestra merced —dijo Sancho— para predicador que para caballero andante.
- De todo sabían y han de saber los caballeros andantes, porque caballero andante hubo en los siglos pasados que así se paraba a hacer un sermón o plática en mitad de un campo real como si fuera graduado de la Universidad de París»⁷.

Siguiendo esta asociación entre *predicador* y *caballero andante* resulta curioso comprobar que los dos protagonistas del *Quijote* se tildan, recíprocamente, de teólogos o de hombres versados en teología, precisamente por sus habilidades para la predicación. Así sucede en el pasaje en el que Sancho Panza diserta sobre la muerte en unos «términos rústicos» que llaman la atención a su amo, y que destaca con cierta sorna sus dotes para «tomar un púlpito en la mano e irte por ese mundo predicando lindezas», a lo que el escudero responde: «Bien predica quien bien vive, y yo no sé otras teologías»⁸. Por otro lado, la arenga que D. Quijote dirige a los vecinos del pueblo del rebuzno para disuadirles de una pelea con sus burladores está concebida como un sermón acerca del mandato cristiano del amor al prójimo. En esta ocasión, es Sancho el que devuelve el cumplido al Caballero de la Triste Figura: «El diablo me lleve si este mi amo no es teólogo, y si no lo es, que lo parece como un güevo a otro güevo»⁹.

⁵ *Lo religioso en el Quijote* (Toledo 1989) 319-337; aquí: 336.

⁶ *Don Quijote de la Mancha*, Lib. II, cap. XVI, 828.

⁷ Lib. I, cap. XVIII, 215.

⁸ Lib. II, cap. XX, 873.

⁹ Lib. II, cap. XXVII, 940.

Un tercer pasaje acaecido en la casa del caballero del verde gabán, Diego de Miranda, vendría a redondear estas consideraciones, cuando don Quijote explica en qué consiste «la ciencia de la caballería andante»: «Es una ciencia que encierra en sí todas o las más ciencias del mundo», de modo que quien la profesa ha de ser jurisconsulto, médico y herbolario, astrólogo, matemático, «ha de estar adornado de todas las virtudes teologales y cardinales», «ha de saber nadar y herrar un caballo», «ha de guardar la fe a Dios y a su dama», y también —había dicho un poco antes— «ha de ser teólogo, para saber dar razón de la cristiana ley que profesa, clara y distintamente, adonde que le fuera pedido»¹⁰.

Ahora bien, es claro que ni don Quijote ni Sancho son teólogos. Tampoco lo era Miguel de Cervantes, que tantas veces y de tantas maneras se hace presente en su novela interfiriendo en la historia, episodios y aventuras del hidalgo y su escudero. Empezando por el hecho de que en la biblioteca de don Quijote existe un libro de Cervantes, *La Galatea*, publicado hacía muchos años (1585), su única publicación extensa antes del *Quijote*. El cura, que es un lector ávido y competente, conoce al autor: «Muchos años ha que es grande amigo mío ese Cervantes, y sé que es más versado en desdichas que en versos»¹¹.

Hay otras muchas apariciones de Cervantes en el *Quijote* más o menos furtivas. La más espectacular acaece en la alcañal de Toledo donde el narrador Cervantes dice haber descubierto los cartapacios en árabe que contenían el manuscrito de Cide Hamete Benengeli, «autor arábigo y manchego»¹², que permiten continuar la «vida y milagros de nuestro famoso español don Quijote de la Mancha», interrumpida de forma abrupta en su momento álgido¹³.

En el espejo de sus protagonistas aparece el genial manco de Lepanto como un hombre no solo versado en desdichas y versos sino también en cosas de moral y en asuntos de la fe. Se puede decir de Cervantes, —así S. Muñoz—, que no era «un escriturista, ni un teólogo o moralista, estrictamente dicho; pero tenía de la Sagrada Escritura, del dogma cristiano y de su moral un conocimiento extenso y profundo, ajustado y preciso, a un nivel más elevado que el usual en un “ingenio lego”»¹⁴.

Parece que son las interferencias del autor Cervantes en el decir y sentir de sus personajes donde hay que buscar los rasgos fundamentales de su actitud religiosa, que se entremezcla con el mismo propósito literario de la novela. Por eso,

¹⁰ Lib. II, cap. XVIII, 844-845.

¹¹ Lib. I, cap. VI, 94.

¹² Lib. I, cap. XXII, 257. Véase el comentario de A. CASTRO, *El pensamiento de Cervantes y otros estudios cervantinos* (Madrid 2002) 639-646. Dice don Quijote (Lib. II, cap. II, 703): «Ese nombre es de moro». Según S. Bencheneb, significa «El Señor que más alaba al señor hijo del evangelio». Véase: L. LÓPEZ-BARALT, «El sabio encantador Cide Hamete Benengeli: ¿fue un musulmán de Al-Andalus o un morisco del siglo XVII», en R. FINE-S. LÓPEZ NAVIA, *Cervantes y las religiones*, 339-357.

¹³ *Don Quijote de la Mancha*, Lib. I, cap. IX, 118.

¹⁴ *Lo religioso en el Quijote*, 22.

desde esta primera aproximación a la inmortal obra de Cervantes y a su enigma pasemos a examinar más de cerca el tema propio de este escrito, las novelas de caballerías, el prisma desde el que ha sido construido el universo real y literario que sirve de encuadre a la dimensión religiosa de una época.

3. EL QUIJOTE, "UNA INVECTIVA CONTRA LOS LIBROS DE CABALLERÍAS"

¿Cuál es el asunto y tema de esta obra? Antes de responder a este interrogante con las palabras que el propio Cervantes estampó en el prólogo de su libro, podemos recrear la situación literaria de la época recordando que S. Ignacio de Loyola, el fundador de la Compañía de Jesús —así lo confiesa en su biografía— era muy aficionado a los libros de caballerías. Al igual que Santa Teresa de Jesús. Conoce el *Amadís de Gaula*, el más famoso y original de los libros de caballerías en la España del siglo XVI, que tenía don Quijote en su biblioteca. Este y otros libros del género habían inflamado la mente y perturbado el juicio del hidalgo manchego, «que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza y aun la administración de su hacienda»¹⁵. Es la clase de libros que solicitó durante su convalecencia el gentilhomme Íñigo de Loyola herido de gravedad en Pamplona. Pero en la sobria casa de Azpeitia no había aquellos libros, así que recibió en su lugar el *Flos sanctorum*, las vidas de santos, y la *Vida de Cristo* del Cartujano, que propiciaron su conversión. Después de abandonar la casa solar de Loyola, venciendo las resistencias de su hermano, y después de saldar algunos asuntos pendientes, encontramos a este peregrino en Monserrat, dispuesto a velar armas a la manera de los caballeros andantes pero para emular las hazañas de los santos. En el capítulo tercero Cervantes cuenta «la graciosa manera en que tuvo don Quijote en armarse caballero».

No ha faltado quien pusiera en conexión la locura caballeresca de S. Ignacio con los ideales quijotescos¹⁶, empezando por el filósofo Miguel de Unamuno, uno de los grandes cervantistas, que estableció en su personal exégesis de la obra una correlación entre S. Ignacio de Loyola, caballero andante a lo divino, y don Quijote¹⁷. El rector de la Universidad de Salamanca elaboró en su ensayo (original de 1905) ampliamente esta equiparación: el fundador de la Compañía de Jesús no solo encarnaría la visión del mundo del *quijotismo* sino que el personaje central del

¹⁵ *Don Quijote de la Mancha*, Lib. I, cap. I, 39.

¹⁶ Cf. G. EIKHOFF, «Christliche Abenteuer. Narrheit und Ritterlichkeit bei Ignatius von Loyola und die Quijote von der Mancha»: *Geist und Leben* 60 (1987) 284-298. Muy escéptico se muestra S. Muñoz frente a este paralelismo (cf. *Lo religioso en el Quijote*, 283).

¹⁷ *La vida de Don Quijote y Sancho* (Madrid 1987) 51-54 (segunda salida de D. Quijote); 55-59 (la aventura del vizcaíno, Sancho de Azpeitia); 60-62 (la batalla entre el Quijote vizcaíno y el Quijote manchego).

capítulo octavo de la primera parte, don Sancho de Azpeitia, sería un remedo de S. Ignacio de Loyola. Cervantes diseña un duelo entre el Quijote de la Mancha y el Sancho vasco, que arranca de las palabras provocativas del primero: «Si fueras caballero, pero como no lo eres». Este Sancho de Azpeitia es el único personaje de la obra que trata a D. Quijote como el caballero andante que pretende ser y se sitúa en el mismo plano de esa irrealidad novelesca: «¿Yo no caballero? —replicó ofendido el vizcaíno». Y comenta Unamuno: «Y encontráronse frente a frente dos Quijotes. Por esto es tan prolijo Cervantes al narrarnos este suceso»¹⁸.

Y así se entabló el singular combate o «la estupenda batalla que el gallardo vizcaíno y el valiente manchego tuvieron», según reza el título del capítulo noveno que narra la lucha entre el Quijote vizcaíno y el Quijote manchego, la primera historia pintada y narrada en el cartapacio del autor arábigo Cide Hamete Benengeli¹⁹. En este contexto Unamuno evoca al caballero andante vasco, de Azpeitia, Íñigo de Loyola, «el santón jesuítico». Y dice que Sancho de Azpeitia perdió la pelea por culpa de su mula, que no era, por cierto, vizcaína.

No sé hasta dónde se ha de llevar la conexión entre D. Quijote y S. Ignacio, el «caballero y loco» por Cristo, ni si la equiparación del fundador de la orden religiosa con el héroe de las novelas de caballerías estuvo en la mente de Cervantes. Ahora bien, cuando se escribe y publica en 1605 la primera parte del *Quijote* solo había un caballero andante que hubiera llevado el nombre de su patria chica, Azpeitia, por España y por Europa. En cualquier caso, este paralelismo literario pone de manifiesto que el entusiasmo por los libros de caballerías estaba generalizado en la España del siglo XVI. Personas de toda condición los leían con interés o disfrutaban oyéndolos leer, como se desprende de este pasaje de la novela cervantina en el que habla un ventero iletrado:

«Porque cuando es tiempo de la siega, se recogen aquí las fiestas, muchos segadores, y siempre hay algunos que saben leer, el cual coge uno destos libros en las manos, y rodeámonos dél más de treinta, y estámosle escuchando con tanto gusto, que nos quita mil canas. A lo menos, de mí sé decir que cuando oyo decir aquellos furibundos y terribles golpes que los caballeros pegan, que me toma gana de hacer otro tanto, y que querría estar oyéndolos noches y días»²⁰.

Los libros de caballerías, que ocasionaron la locura de don Quijote y que provocan la novela de Cervantes, son narraciones en prosa que relatan las heroicas aventuras de un caballero andante que vaga por el mundo, luchando contra personas o monstruos, seres normales o mágicos, deambulando por tierras exóticas y fabulosas. El caballero andante goza de una fuerza considerable casi inverosímil y es muy hábil en el uso de las armas, que pone al servicio de la lucha

¹⁸ *Ibíd.*, 59.

¹⁹ *Don Quijote de la Mancha*, Lib. I, cap. IX, 119.

²⁰ Lib. I, cap. XXXII, 404-405.

contra el mal, para «favorecer y ayudar a los menesterosos y desvalidos»²¹, para «desfacer agravios, socorrer viudas, amparar doncellas»²², siempre movido por un ansia insaciable de gloriosas aventuras. Una de las virtudes del caballero es, junto a su valentía, el sentido de la justicia, a veces exagerado y desquiciado. Todos esos esfuerzos y sacrificios son ofrecidos por él a una dama, para conseguir y acrecentar su amor.

Martín de Riquer escribe al respecto: «La lectura de los libros de caballerías, principalmente el *Amadís de Gaula*, impresionó de tal modo a determinados lectores, que llegaron a creerse que la ficción era la historia verdadera»²³. De ahí a la locura hay un trecho corto, que es el camino recorrido por don Quijote, que ha llegado a perder el juicio leyendo tales libros. En el famoso capítulo sexto el cura y el barbero, contando con la colaboración de la sobrina de D. Quijote, proceden a expurgar de estos libros la biblioteca del hidalgo.

La segunda parte de la novela vio la luz en 1615, diez años después de la primera, con el título *El ingenioso caballero D. Quijote de la Mancha*. Como es sabido, entretanto se había producido la publicación, el año anterior, del llamado *Quijote* apócrifo, o de Avellaneda, que, —siguiendo la hipótesis de Martín de Riquer—, habría que denominar «el Quijote de Jerónimo de Passamonte»²⁴. Con habilidad y maestría Cervantes prolonga en el segundo volumen de su obra la ficción y la historia a través de conspicuas referencias a la primera parte y a la continuación del apócrifo de Avellaneda. Así, ha puesto en boca de don Quijote una recapitulación de sus andanzas, resaltando el éxito extraordinario que había conseguido entre los lectores:

«Salí de mi patria, empeñé mi hacienda, dejé mi regalo y entregueme en los brazos de la fortuna, que me llevasen donde más fuese servida. Quise resucitar la ya muerta andante caballería, y ha muchos días que tropezando aquí, cayendo allí, despeñándome acá y levantándome acullá, he cumplido gran parte de mi deseo, socorriendo viudas, amparando doncellas y favoreciendo casadas, huérfanos y pupilos, propio y natural oficio de caballeros andantes; y así, por mis valerosas, muchas y cristianas hazañas, he merecido andar ya en estampa en casi todas o las más naciones del mundo: treinta mil volúmenes se han impreso de mi historia, y lleva ya camino de imprimirse treinta mil veces de millares, si el cielo no lo remedia. Finalmente, por encerrarlo todo en breves palabras, o en una sola, digo que yo soy don Quijote de la Mancha, por otro nombre llamada el Caballero de la Triste Figura»²⁵.

Quedamos así situados ante el tema propio del libro: «Todo él —dejó escrito Cervantes en el prólogo— es una invectiva contra los libros de caballerías, (...), ni tiene para qué predicar a ninguno, mezclando lo humano y lo divino, que es un

²¹ Lib. I, cap. XVIII, 206. En otro pasaje la profesión de caballero andante se orienta a «favorecer a los necesitados de favor y acudir a los menesterosos» (Lib. II, cap. XXVII, 938).

²² Lib. I, cap. IX, 117.

²³ *Para leer a Cervantes* (Barcelona 2003) 31.

²⁴ *Ibíd.*, 389. Véase: A. MARTÍN JIMÉNEZ, *El Quijote de Cervantes y el Quijote de Avellaneda: una imitación recíproca* (Alcalá de Henares 2001).

²⁵ *Don Quijote de la Mancha*, Lib. II, cap. XVI, 821.

género de mezcla de quien no se ha de vestir ningún humano entendimiento» (Prólogo, 18).

Esta obra de Cervantes —insiste de nuevo— «no mira a más que a deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo tienen los libros de caballerías» (19). Ya al principio del prólogo había ironizado frente a los que así proceden, pues «no dirán sino que son unos santos Tomases y otros doctores de la Iglesia, guardando en esto un decoro tan ingenioso, que en un renglón han pintado un enamorado distraído y en otro hacen un sermoncico cristiano» (12).

Y, sin embargo, —retomemos la tesis defendida por S. Muñoz— Cervantes «no cumple lo prometido»²⁶, pues «en el *Quijote* abundan los parlamentos con aires de sermón»; o sea, se comporta a veces como un «predicador» que sí *mezcla lo humano y lo divino*, y recoge muchos consejos de la Sagrada Escritura, y también compone sermoncicos cristianos, en los que su «pluma lengua del alma» catequiza y «sabe dar razón de la cristiana fe que profesa, clara y distintamente»²⁷.

En el llamado Siglo de Oro, el factor religioso ofrece una línea de fuerza esencial a la hora de explicar los fenómenos sociales, políticos y culturales. Aunque se trate de un libro de entretenimiento, contiene el *Quijote* innumerables datos de la pugna intelectual y religiosa de aquella centuria en la que comenzaron a fraguarse una identidad católica y una identidad protestante. Ahí se sitúa adecuadamente el debate apasionante sobre la actitud religiosa del gran alcaáino y padre de la novela moderna, si su cristianismo se aproxima más a Erasmo y al racionalismo del Renacimiento que a Trento.

4. LA EVANGELIZACIÓN POR LA LITERATURA: NIVELES EN EL DISCURSO DEL QUIJOTE

Hechas estas consideraciones podemos pasar a exponer los argumentos sobre los que S. Muñoz levantó su tesis: «Cervantes se considera un laico comprometido, desde su profesión de escritor profano, en el quehacer evangelizador de la Iglesia católica postridentina»²⁸.

Salvador Muñoz distingue y analiza estos tres niveles de discurso religioso en el *Quijote*: una religiosidad *epidérmica*, una religiosidad *medular* y una religiosidad *refleja*.²⁹ En el primer nivel se manifiesta la religiosidad sociológica y rutinaria de la sociedad española del siglo XVI, tal y como ha cristalizado en los refranes o proverbios de carácter religioso; este estrato también se puede rastrear

²⁶ *Lo religioso en el Quijote*, 330.

²⁷ *Ibíd.*, 334.

²⁸ *Ibíd.*, 336.

²⁹ *Ibíd.*, 26.

en el uso de la Sagrada Escritura, así como en la presentación de los eclesiásticos y en la utilización de latines. No nos vamos a detener en este nivel minuciosamente analizado por S. Muñoz. Baste recordar una de sus conclusiones tras el examen de las más de 80 referencias bíblicas del *Quijote*³⁰: la presencia de pasajes tomados de los llamados libros deuterocanónicos (Eclesiástico, Sabiduría, Carta de Santiago) no admitidos por los protestantes excluye cualquier sospecha de influencias luteranas; como botón de muestra está la sentencia de don Quijote, «el agradecimiento que solo consiste en deseo es cosa muerta, como es muerta la fe sin obras»³¹, donde resuena el pasaje de la carta de Santiago más representativo en la controversia entre católicos y protestantes acerca del valor de la fe y de las obras: «La fe, si no tiene obras, está realmente muerta» (2, 17.26).

El segundo nivel corresponde a la profesión explícita de *contenidos religiosos*, más allá de las fórmulas sociológicas estereotipadas, que muestran cómo nuestro escritor se maneja con soltura y habilidad, dando pruebas de un conocimiento notable en varios temas religiosos, como las propiedades de Dios y la naturaleza angélica del diablo, los novísimos (muerte, juicio, infierno, gloria) y el purgatorio, los siete sacramentos, el culto a los santos, los objetos y las prácticas piadosas, así como los asuntos morales, uno de los temas más estudiados en la novela³². A título de ejemplo valgan estas palabras de don Quijote sobre la vida eterna:

«Todas estas y otras grandes y diferentes hazañas son, fueron y serán obras de la fama, que los mortales desean como premios y parte de la inmortalidad que sus famosos hechos merecen, puesto que los cristianos católicos y andantes caballeros más habemos de atender a la gloria de los siglos venideros, que es eterna en las regiones etéreas y celestes, que a la vanidad de la fama que en este presente y acabable siglo se alcanza; la cual fama, por mucho que dure, en fin se ha de acabar con el mismo mundo, que tiene un fin señalado. Así, ¡oh Sancho!, que nuestras obras no han de salir del límite que nos tiene puesto la religión cristiana que profesamos»³³.

Finalmente, el estrato más profundo corresponde a la religiosidad *refleja* de Cervantes en el *Quijote*: aquí Salvador Muñoz nos descubre al escritor como «un creyente fervoroso y sincero, católico de convicción y nada polémico, que se siente impelido a dar testimonio de su fe a través de su obra literaria»³⁴. Desde este minucioso análisis, Salvador Muñoz refutó la tesis de Américo Castro y Marcel Bataillon (Cervantes como erasmista) y revisó las posturas de Helmut Hatzfeld y Paul Descouzis (Cervantes como teólogo moral y propagandista de los decretos de Trento).

³⁰ *Ibíd.*, 67.

³¹ *Don Quijote de la Mancha*, Lib. I, cap. L, 626.

³² *Lo religioso en el Quijote*, 255 (con bibliografía en nota 1).

³³ *Don Quijote de la Mancha*, Lib. II, cap. VIII, 754.

³⁴ *Lo religioso en el Quijote*, 26.

5. CONCLUSIÓN: LA PLUMA CERVANTINA HA CUMPLIDO CON "SU CRISTIANA PROFESIÓN"

Cervantes sí trata el tema religioso, y lo hace en los parámetros de la catequesis y predicación postridentina, como mostrara S. Muñoz³⁵. En este sentido, el ingenioso hidalgo es un andante caballero y cristiano católico. Ahora bien, el manco de Lepanto nunca ha abandonado su tarea de escritor y su perspectiva literaria. El reconocido cervantista Ciriaco Morón ha puesto cierta sordina y atempera —a mi modo de ver con razón— la interpretación de S. Muñoz cuando afirma: «El catolicismo, como dogma y ética, es el trasfondo ideológico de la obra de Cervantes, pero no es su tema. Por tanto, no tiene sentido convertirlo en un epígono de la teología tridentina»³⁶.

El *Quijote* es literatura de ficción en la pluma de un cristiano laico, que de cuando en cuando dice «cosas de meollo y sustancia» en el terreno religioso³⁷. Con permiso de los cervantistas me atrevo a decir que la intención religiosa del autor quedaría reflejada de forma ejemplar en el divertido pasaje de la venta que D. Quijote, por su mal, pensó que era un castillo y donde Sancho fue manteado. Maltrecho por los golpes y por el bálsamo de Fierabrás, Maritornes, —moza asturiana de más que dudosa moral—, le regala y paga el vino de su propio dinero, mostrando así que «tenía unas sombras y lejos de cristiana»³⁸. Estos términos, *sombras y lejos*, son términos traídos del campo de la pintura, que se oponen a lo iluminado y lo cercano. Esto mismo valdría para los dos libros que componen *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Prima la intención literaria, que deja en la penumbra los desarrollos explícitos de la fe religiosa, que no obstante tampoco están ausentes en los parlamentos y en las actuaciones de los protagonistas de Cervantes³⁹.

Cervantes puso fin a su novela con el diálogo de Cide Hamete y su pluma; ella ha cumplido «con su cristiana profesión», mientras que el autor recuerda por última vez su intención y su objetivo: «No ha sido otro mi deseo que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías, que por las de mi verdadero don Quijote van ya tropezando y han de caer del todo, sin duda alguna»⁴⁰.

³⁵ Véase: M. A. GARRIDO GALLARDO, «El texto del *Quijote* y el catecismo de Trento», en R. FINE-S. LÓPEZ NAVIA, *Cervantes y las religiones*, 157-173.

³⁶ *Para entender el Quijote* (Madrid 2005), 300. Véase: M. DELGADO, «Don Quijote – für Theologen»: *Stimmen der Zeit* 223 (2005) 219-232.

³⁷ *Don Quijote de la Mancha*, Lib. II, cap. XXII, 884.

³⁸ Lib. I, cap. XVII, 202.

³⁹ Como recuerda S. Muñoz (*Lo religioso en el Quijote*, 321-322), pueden leerse fórmulas de fe desarrolladas en la obra póstuma *Los trabajos de Persiles y Segismunda* (publicada en 1617).

⁴⁰ Lib. II, cap. LXXIII, 1337.

Merece la pena poner en relación estas palabras con las dos últimas voluntades contenidas en el testamento de Alonso Quijano. La primera es la advertencia para la sobrina: que no case hombre aficionado a los libros de caballerías, y si lo hace, quedará desheredada⁴¹. En segundo lugar, la petición de perdón a Avellaneda, el impostor, para reivindicar de forma definitiva su *verdadero* don Quijote⁴².

Rebatir la obra del falsario Avellaneda forma parte del propósito negativo de la obra cervantina, de su invectiva contra los libros de caballerías. Ahora bien, no se han de olvidar estos otros dos propósitos de signo positivo: el que va puesto en el prólogo del libro, a saber, engendrar «el libro más hermoso, el más gallardo y discreto que pudiera imaginarse» (Prólogo, 9), y el indicado al comienzo de la segunda parte, esto es, dar a los lectores una tal historia «del más gustoso y menos perjudicial entretenimiento (...), porque en toda ella no se descubre ni por semejas una palabra deshonesto ni un pensamiento menos que católico»⁴³.

Me agrada y convence el breve juicio que esbozó en la segunda mitad del siglo XVII el reconocido y erudito bibliógrafo Nicolás Antonio, para quien la novela cervantina es «festivísima invención de un héroe, nuevo Amadís a lo ridículo, que agradó tanto que oscureció todas las bellezas de las antiguas invenciones de esta clase, que, por cierto, no eran pocas». Levanta así acta, con una cierta nostalgia, de la desaparición de la literatura caballerescas, de un género que constituye una de las manifestaciones más fascinantes de la novelística imaginativa e ideal.

Ahora bien, también es verdad que en el escrutinio de libros del hidalgo se libró del fuego purificador la *Historia del famoso caballero Tirante el Blanco*, «el mejor libro del mundo», pues «aquí comen los caballeros, y duermen y mueren en sus camas, y hacen testamento»⁴⁴, como hizo nuestro caballero andante convertido al final de sus días en «Alonso Quijano el bueno»⁴⁵. Hasta ese momento el lector solo ha conocido al personaje en el que se confunden el culto y prudente hidalgo

⁴¹ Lib. II, cap. LXXVIII, 1334: «Iten, es mi voluntad que si Antonia Quijana mi sobrina quisiera casarse, se case con hombre de quien primero se haya hecho información que no sabe qué cosas sean libros de caballerías; y en caso que se averiguare que lo sabe y, con todo eso, mi sobrina quiere casarse con él y se casare, pierda todo lo que he mandado, lo cual puedan mis albaceas distribuir en obras pías a su voluntad».

⁴² Lib. II, cap. LXXVIII, 1334: «Iten, suplico a los dichos señores mis albaceas que si la buena suerte les trujere a conocer al autor que dicen que compuso una historia que anda por ahí con el título de *Segunda parte de las hazañas de don Quijote de la Mancha*, de mi parte le pidan, cuan encarecidamente ser pueda, perdone la ocasión que sin yo pensarlo le di de haber escrito tanto y tan grandes disparates como en ella escribe, porque parte desta vida con escrupulo de haberle dado motivo para escribirlos».

⁴³ Lib. II, cap. III, 712.

⁴⁴ Lib. I, cap. VI, 90-91.

⁴⁵ Lib. II, cap. LXXVIII, 1337: «Dadme albricias, buenos señores, de que yo ya no soy don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, a quien mis costumbres me dieron renombre de “bueno”. Ya soy enemigo de Amadís de Gaula y de toda la infinita caterva de su linaje; ya me son odiosas todas las historias profanas de la andante caballería; ya conozco mi necedad y el peligro en que me pusieron haberlas leído; ya, por misericordia de Dios, escarmentado en cabeza propia, las abomino».

manchego con el temerario, sublime e insensato caballero andante. Pero Cervantes quiso que un don Quijote, en plenitud de facultades, se enfrentase a las postrimerías y sintiese las huellas de Dios. Cervantes hace que por la voluntad de la gracia divina don Quijote vuelva a ser Alonso Quijano: «¡Bendito sea el todopoderoso Dios, que tanto bien me ha hecho! En fin, sus misericordias no tienen límite, ni las abrevian ni impiden los pecados de los hombres»⁴⁶.

Junto a su extraordinaria belleza formal hay que recordar que el *Quijote* no destruye sino que depura los ideales caballerescos: la libertad, la defensa de los débiles, el heroísmo, la fidelidad a su amor, la tolerancia..., al tiempo que nos enseña a ver y entender la complejidad infinita del mundo de los hombres y mujeres, de sus pasiones, sus ilusiones y sus sueños, y también en esa dimensión que mira hacia la realidad trascendente, que llamamos a tientas, en sombras y de lejos, Dios en su infinita providencia. En palabras de nuestro hidalgo manchego: «Aunque los atributos de Dios todos son iguales, más resplandece y campea a nuestro ver el de la misericordia que el de la justicia»⁴⁷.

⁴⁶ Lib. II, cap. LXXVIII, 1329.

⁴⁷ Lib. II, cap. XLII, 1061. Un desarrollo de estas reflexiones puede verse en: S. MADRIGAL, «Lo religioso en El Quijote: el cristianismo católico del Caballero andante»: *Estudios Eclesiásticos* 91 (2016) 419-465.